

LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los thermidorianos.—Se acrecienta el Terror.—Barere, el *Anacreonte de la guillotina*.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y Mme. de Sartines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de madama de Sainte-Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiracion del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliacion entre los miembros de los comités.

I

Mientras que estos hombres, llamados despues *thermidorianos*, preparaban los medios de abatir por la fuerza la tiranía, los comités se ocupaban con más atencion de los de comprometer y aislar á Robespierre en la opinion pública y en la Convencion. Para luchar con influencia contra él ante los Jacobinos, era necesario luchar con vigor y ferocidad en la aplicacion de la terrible ley de 22 Prairial. De este modo nunca el Terror habia herido en masa más culpables, más sospechosos y más inocentes que desde el dia en que Robespierre habia resuelto ponerle un término. Fouquier-Tinville, los jurados y los verdugos no podian bastar á la inmolacion cotidiana dispuesta por los comités. El de seguridad general sobre todo, que se habia mantenido apartado y que no habia jugado más que un papel subalterno mientras que Robespierre dominaba y oscurecia todo en el comité de salud pública, se habia hecho insaciable de proscripciones desde la ausencia de éste. Habia una emulacion de rigor y de muerte entre los dos comités. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), Voulland y Elias Lacoste, miembros dominantes del comité de seguridad general, igualaban en ardor á Collot-d'Herbois y Billaud-Varennes. Sazonaban la muerte con sarcasmos. «Esto va perfectamente, la cosecha es buena, las cestas se llenan»,—decia uno al firmar las extensas listas de remision al tribunal revolucionario. «Te he visto en la plaza de la Revolucion en el espectáculo de la guillotina»,—decia otro. «Sí,—respondia éste.—He ido allí á reirme de la figura que hacen los malvados.» «Querian estornudar en el saco,—respondia otro.—Asisto con frecuencia á los suplicios.» «Vamos, mañana—replicaba uno más sanguinario—habrá una gran degollina.» Aquellos hombres iban con efecto á contemplar algunas veces las ejecuciones desde las ventanas de una casa próxima. Pródigos de sangre, eran sin embargo íntegros en los despojos. Billaud-Varennes, muriendo de miseria en Cayenne, no se reprendia por haber ocultado un óbolo á la república que habia diezmado.

Vadier, en el último término de su avanzada edad, desterrado y mendigando

en el extranjero, decia al hijo de uno de los que habia mandado al cadalso: «Tengo noventa y dos años; la fuerza de mis opiniones prolonga mi vida. No hay en toda ella un acto de que me pueda reprender, si no es de no haber conocido á Robespierre y de haber tomado por ciudadano á un tirano». Levasseur, montañes exaltado, proscrito é indigente en Bruselas, exclamaba delante de uno de sus compatriotas que le compadecia por su caducidad: «Id á decir á vuestros republicanos de Paris que habeis visto al viejo Levasseur haciéndose la cama para aliviar á su fiel compañero de ochenta años, y espumando con su propia mano su puchero de judías, único alimento de su miseria». «¿Qué pensais en el dia de Robespierre?»—le preguntó el jóven frances. «¡Robespierre!—le respondió Levasseur.—No pronuncies su nombre, porque es nuestro único remordimiento: la Montaña estaba sin una nube cuando él la sacrificó.» El viejo Souberbielle hablaba del mismo modo en su lecho de muerte. «Las revoluciones más sangrientas—decia—son las revoluciones concienzudas. Robespierre era la conciencia de la revolucion; le han inmolado porque no le han comprendido.» De esta suerte, la conciencia y la opinion se confundian en el alma de los hombres de aquel tiempo, que aún despues de largos años tomaban aún la una por la otra, y que mostrando sus manos vacías de rapiñas, creian llevar á Dios y á la posteridad una vida pura de manchas y orgullosa por la constancia de una teoría fanática que ni aún la vejez pudo ilustrar ni disminuir.

Pero algunos de aquellos proscripores se habian de tal modo habituado á la sangre, que mezclaban la muerte con la elegancia, con las delicias y con el desenfreno de su vida. Crueles por la mañana, voluptuosos por la tarde, salian de los comités, del tribunal ó de la plaza del cadalso, para ir á tomar parte en suntuosas mesas, deleitarse con la música y la poesía en los palcos de los teatros, ó respirar en los jardines de las cercanías de Paris con mujeres fáciles el olvido de los negocios públicos, la serenidad de la estacion, el descanso y la paz. Parecia que se apresuraban á dar á los goces horas que no tenian mañana, y que las facciones podian abreviar á cada instante. Blandian con indiferencia, contra sus enemigos, el hacha que esperaban con resignacion para ellos mismos. Algunas casas de campo se convertian á veces en conciliábulos, como las de los dantonistas en Sevres.

Barere, sobre todo, era un hombre de refinamiento y elegancia, servidor de la revolucion más bien que apóstol de la virtud republicana. Le habian llamado el *Anacreonte de la guillotina*, porque en sus informes mezclaba imágenes halagüeñas con los siniestros decretos, como flores lívidas sobre sangre. Habia alhajado en la aldea de Clichy una casa de recreo, adonde se retiraba dos veces á la semana para refrescar sus ideas y templar su pluma. Allí es donde, segun dicen, preparaba aquellos informes arteros como su alma, en los cuales mandaba á su estilo tomar el acento, el tono, las formas de todos los partidos dominantes. Allí es donde llevaba también á los epicúreos de la revolucion, y entre otros al financiero Dupin, famoso por su informe sobre los sesenta asentistas generales á quienes habia hecho condenar en masa á muerte. Era nombrado por su inclinacion á los refinamientos gastronómicos. Sentábanse á los festines de Clichy mujeres hermosas y artistas, ufanas de tratarse con los caudillos de la república. Ligeras como el placer, pero discretas como la muerte, estas mujeres lo oian todo, sin retener nada. Amar, amigo particular de Dupin, Voulland, Jagot, Barras, Frerón, Collot-

d'Herbois, y hasta el severo Vadier, iban á veces á este retiro para ponerse de acuerdo con Barere y otros diputados enemigos de Robespierre. El pretexto del placer encubría la conjuración. No inspiraban aquellos desahogos sospechas de un complot que se iba, sin embargo, anudando.

Barere y sus colegas se creían obligados á fingir un patriotismo de día en día más sombrío para evitar las sospechas de moderantismo. No cesaban de impulsar á la Convención á los rigores más implacables. Robespierre por su parte, para conservar su ascendiente en los comités é intimidarles con sus acusaciones, se creía forzado á exagerar en él el tipo del patriota inflexible. Los Jacobinos no parecían reconocer la pureza revolucionaria sino en el exceso de las sospechas. Cualquiera de los dos partidos que hubiera detenido el nervio del Terror, estaba cierto de sucumbir al momento bajo la acusación de debilidad ó complicidad con los enemigos de la república. Este es el secreto de los últimos tiempos de asesinatos políticos. La situación era tan extrema que iba á romperse. El Terror no era solamente un arrebato, sino una táctica. Cuánto ménos lo querían, tanto más lo fingían de las dos partes. La sangre de innumerables víctimas no servía sino para mantener la máscara de aquella execrable hipocresía de patriotismo.

Se ha visto que despues de la tentativa de asesinato contra Collot-d'Herbois, y despues de la sombra de atentado contra Robespierre, los miembros exaltados de los comités de seguridad general habian resuelto reunir en la acusación de Ladmiral y Cecilia Renault una porción de pretendidos cómplices enteramente extraños á los dos acusados. Simulaban de este modo una cruel solicitud por la vida de Robespierre, y una venganza ruidosa de sus peligros. Elías Lacoste habia terminado el informe; Vadier habia concurrido. Se recordará que Vadier habia complicado en la acusación á una porción de inocentes, que Robespierre se habia opuesto con energía á aquella parte del informe, que Vadier habia insistido con la aspereza de un inquisidor que retiene su presa, y que aquel altercado, degenerando en querrela y en violencia, habia ocasionado la derrota de Robespierre, sus lágrimas de ira y su retirada definitiva del comité. Hé aquí las circunstancias, sus causas secretas y sus consecuencias sobre la doble conspiración que se tramaba, por un lado en la intimidad de Robespierre, y por otro en los conciliábulos de los dos comités. El tiempo ha descubierto el encadenamiento de hechos que parecen extraños los unos á los otros.

II

El alma humana tiene necesidad de lo sobrenatural. La razón sola no basta para explicar su triste condición en la tierra; le es necesario lo maravilloso y los misterios. Los misterios son la sombra traída del infinito sobre el espíritu humano: prueban lo infinito sin explicarlo.

El hombre busca eternamente penetrar estas tinieblas. Todos los pueblos, todas las edades, todas las civilizaciones han tenido sus misterios. Pueriles en el pueblo, sublimes en los filósofos, vienen desde las sibilas á Platon, y descienden de Platon á los más abyectos titiriteros. Desde que la filosofía del siglo XVIII habia minado las supersticiones de la Edad Media en el espíritu de Europa, la pasión de lo sobrenatural habia cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino

de objeto. Jamás mayor número de doctrinas ocultas, de filosofías químéricas ó de teosofías transcendentales habia fascinado al mundo intelectual. Swedenborg en Suecia, Weishaupt en el Rhin, el conde de San German, Bergasse y San Martin en Francia, los francmasones, los rosa-cruz, los iluminados y los teistas en todas partes, habian fundado escuelas, reclutado adeptos y soñado misterios. La credulidad mística sucedía en todas partes á las credulidades populares. La revolución, conmoviendo más la imaginación de los hombres, no habia desmentido este atractivo instintivo de la humanidad por lo maravilloso. Por el contrario, habia exaltado hasta el delirio á ciertas almas, y áun á la masa. Cuanto más grandes son los acontecimientos, las catástrofes son más generales, más trágicos los destinos, y más el hombre reconoce su insuficiencia y más cree ver la mano de Dios mover por sí misma los acontecimientos, los hombres y las cosas que se agitan, que se destruyen ó que surgen alrededor nuestro. De esta disposición del espíritu humano por lo sobrenatural, y de este vacío que la desaparición del culto antiguo dejaba en las almas, una secta religiosa y política nació en la sombra, y reclutaba millares de sectarios en la población ávida de novedades.

Habia entónces en un barrio retirado y sombrío de las extremidades de Paris, calle de la Contraescarpa, una mujer vieja llamada Catalina Theos, ó la *Madre de Dios*. Aquella mujer, poseída toda su vida por su propia imaginación, y debilitada ahora por la caducidad de la inteligencia, se creía ó fingía creerse dotada de dones sobrenaturales de visión y de profecía. Pitonisa añeja de otro Endor, habia visto en Robespierre un nuevo Saul. Ella le proclamaba el elegido de Dios, le mostraba á sus adeptos como el salvador de Israel, el regenerador de la verdadera religión y el fundador del perfecto orden en la tierra. Un antiguo cartujo llamado don Gerle, que confundía en su estrecha y embarazada cabeza el misticismo de la primera edad con la pasión de una transformación religiosa del mundo, se habia relacionado con la profetisa de la calle de la Contraescarpa por aquel atractivo que llama la credulidad hácia lo maravilloso. Don Gerle se habia hecho el primer discípulo de aquella inspirada, y recogía y declaraba sus oráculos. Habia fundado con ella una especie de iglesia en donde los fieles iban á recibir la iniciación y las revelaciones del nuevo culto. Extrañas ceremonias, un lenguaje metafórico, inspiraciones convulsivas, obsesiones del Espíritu Santo, jóvenes de una belleza celestial, apariciones, cánticos, música, ósculos fraternales y el misterio que envolvía el santuario, daban á aquella naciente religión el prestigio del alma y de los sentidos. En todas las comunicaciones sobrenaturales de la sacerdotisa con los neófitos, la revolución se señalaba como el advenimiento del espíritu divino en la cabeza del pueblo. Los sacerdotes y los reyes debían desaparecer de la superficie del universo. Robespierre se le representaba en términos encubiertos como el Mesías, á la vez religioso y político, que debía regularizarlo todo y transportarlo todo á Dios. El pueblo se iniciaba en muchedumbre en aquella fe.

Don Gerle habia sido miembro de la Asamblea constituyente. Su propensión por las credulidades piadosas se habia manifestado ya; habia llevado á la tribuna de aquella Asamblea las pretendidas revelaciones de una joven llamada Susana Labrousse. La risa general habia acogido aquellas puerilidades. Rechazada Susana de Paris, se habia ido á profetizar á Roma; allí habia muerto, víctima inocente de su propia alucinación, en los calabozos del castillo de San Angelo. Don Gerle se obs-

tinaba en sus visiones. Sentado al lado de Robespierre en la Asamblea, y participando de las teorías regeneradoras del diputado por Arras, no había cesado desde aquella época de entretener relaciones familiares con él, que llegaban hasta el entusiasmo y hasta el culto. Robespierre recibía á menudo al antiguo monje en casa de Duplay, teniendo para don Gerle la afección y la indulgencia que un genio superior tiene por la credulidad que admira. Justamente se perdona la superstición de que uno es objeto.

Don Gerle hablaba con frecuencia á Robespierre de las profecías de Catalina Theos sobre su futura grandeza. Robespierre no era supersticioso. Su religión no era más que lógica. Creía la razón tan divina, que la proclamaba sin cesar el único dogma y la única Providencia del género humano, el objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones. Pero sea que su elevación diese al fin cierta superstición á Robespierre hácia sí mismo, sea para afirmar su popularidad con un prestigio sobrenatural, sea más bien que sintiese la falta de los antiguos templos y dejase esperar una reconstrucción del cristianismo, él toleraba, si no favorecía, las reuniones de Catalina Theos. Este era su punto de contacto con el catolicismo y con el espíritu religioso que quería unir en sí mismo como una de las fuerzas sociales. Recibía cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas según el espíritu revelador. Había en la proclamación del Sér Supremo, en los símbolos de aquella ceremonia, en los mismos nombres que había dado á Dios y á la naturaleza, las ceremonias y los signos del culto secreto. La opinión, bien ó mal fundada, del público era que él quería realizar en su persona un pontífice supremo; que las tentativas de don Gerle, su confidente, eran un ensayo de organización religiosa, y que iniciarse era lisonjear al dictador por su debilidad ó por su ambición. Estas preocupaciones proporcionaban al cenáculo de la calle de la Contraescarpa más neófitos que la fe.

III

Además, había al mismo tiempo, en uno de los más suntuosos palacios del centro de París, recientemente construido por el opulento filósofo Helvecio, una mujer joven, de una incomparable hermosura, si no tuviese una hija de diez y seis años tan bella y tan seductora como su madre. Aquella mujer se llamaba madama de Sainte-Amaranthe. A pesar de que decía que era viuda de un gentilhomme sacrificado en las jornadas del 5 y 6 de Octubre, defendiendo la puerta de la reina en Versalles, y que ella afectaba el exterior, el tono y el lujo de una grande existencia, reinaba en aquella mujer un misterio y una duda sobre su origen y sus hábitos, que dejaban flotar la opinión entre la admiración de su belleza, el respeto por sus desgracias y la ambigüedad de su papel en la sociedad.

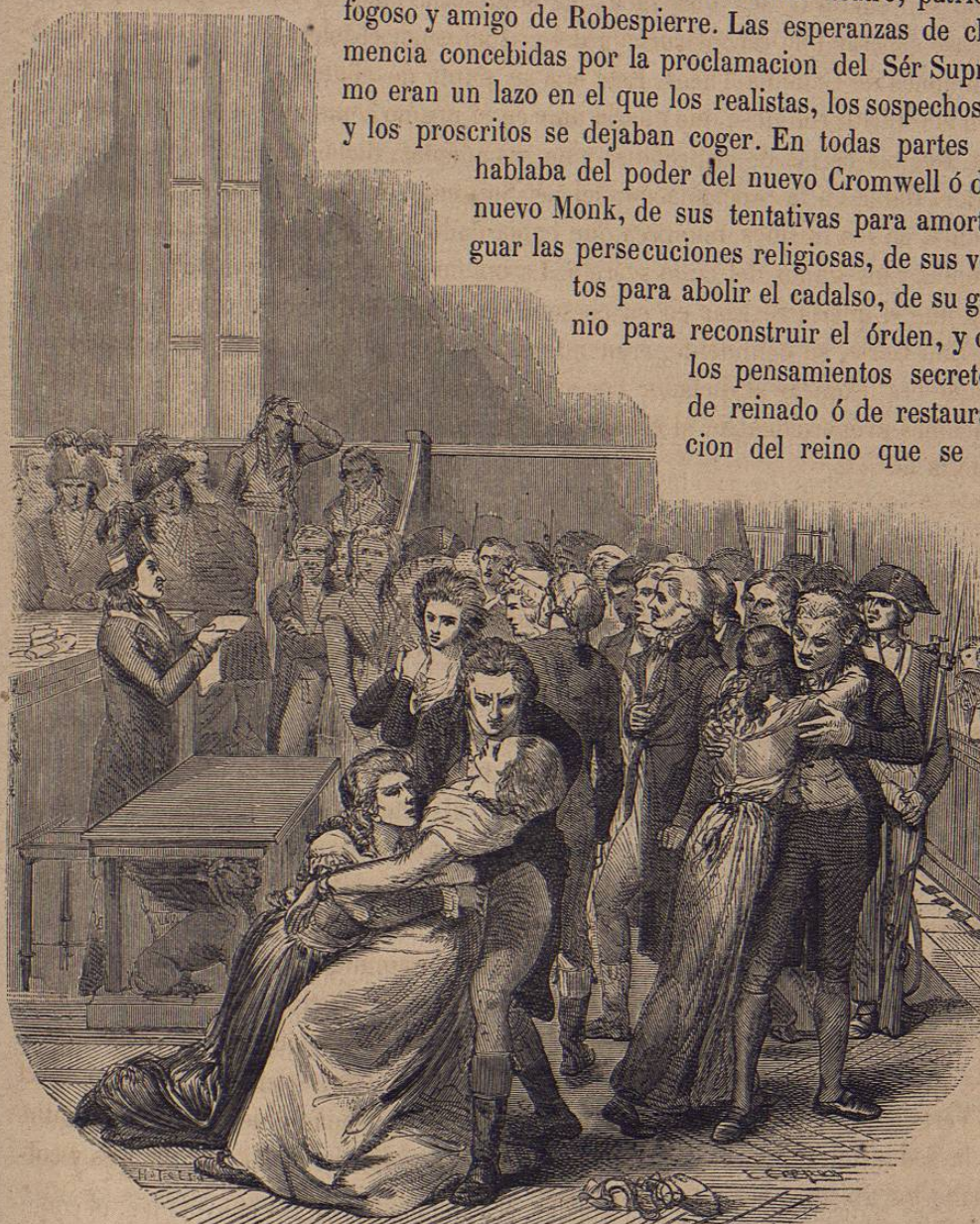
Su casa, atractiva por tantos títulos, había reunido, por el gusto de las artes, del juego y los placeres, desde el principio de la revolución, á los hombres eminentes de todas las facciones. Los realistas, los constitucionales, los orleanistas y los girondinos sucesivamente, Mirabeau, Sieyès, Petion, Chapelier, Buzot, Louvet y Vergniaud, la habían frecuentado. Las gracias de madama de Sainte-Amaranthe y la seducción de su espíritu habían borrado alrededor de ella los matices y colmado los abismos entre las opiniones.

Ella conservaba, no obstante, una adhesión ostensible á los recuerdos y á las

esperanzas del trono. Estaba relacionada con los realistas de la antigua aristocracia, y conservaba en sus salones, sin ningún misterio, los retratos del rey y de la reina; no disfrazaba su veneración por estas imágenes proscritas de un tiempo mejor. El prestigio de sus gracias parecía alejar de ella todo peligro. La naturaleza la defendía del cadalso.

Un joven perteneciente á la antigua corte, hijo de Mr. de Sartines, ministro de la Policía de París, acababa de casarse con la hija de madama de Sainte-Amaranthe. Mr. de Sartines, ántes de su matrimonio, había tenido relaciones con una actriz del teatro Italiano, Grandmaison. Aunque abandonada por su amante, aquella joven actriz le escribía aún. Ella le informaba de los progresos ó de la disminución del Terror. Sartines, prendado de tanta constancia, iba de tiempo en tiempo á París á ver secretamente á su antigua amiga, y por ella sabía los secretos de la política. La señorita Grandmaison los arrancaba á Trial, actor del mismo teatro, patriota

fogoso y amigo de Robespierre. Las esperanzas de clemencia concebidas por la proclamación del Sér Supremo eran un lazo en el que los realistas, los sospechosos y los proscritos se dejaban coger. En todas partes se hablaba del poder del nuevo Cromwell ó del nuevo Monk, de sus tentativas para amortiguar las persecuciones religiosas, de sus votos para abolir el cadalso, de su genio para reconstruir el orden, y de los pensamientos secretos de reinado ó de restauración del reino que se le



Los conspiradores del extranjero ante el tribunal.—Pág. 444.